



Joseph Conrad

Karain, un recuerdo

1

Lo conocimos en aquellos días inciertos en que nos conformábamos con poder conservar nuestra vida y nuestra hacienda. Ninguno de nosotros, creo, disfruta ahora de hacienda alguna, y tengo entendido que muchos, por temerarios, perdieron la vida; mas estoy seguro de que los escasos sobrevivientes no son tan miopes que no acierten a discernir, en la dudosa exactitud de los periódicos, las noticias de las diversas rebeliones de indígenas ocurridas en el Archipiélago Oriental. Entre las líneas de aquellos breves párrafos brilla el sol y se percibe el destello del mar. Un nombre extraño aviva nuestros recuerdos; las frases impresas perfuman ligeramente la humosa atmósfera de la época con la fragancia penetrante y sutil de una brisa costera que alentase bajo las estrellas de pretéritas noches; un fuego de señales brilla como una joya sobre la frente erguida de una sombría colina; enormes árboles, centinelas avanzados de bosques inmensos, levántanse, vigilantes e inmóviles, sobre dormidos estuarios; una línea de blanca resaca retumba contra una playa desolada, mientras las aguas, poco profundas, espuman en los arrecifes; y sobre la superficie de un mar luminoso, salpicados en la calma del mediodía, se extienden verdes

islotes, como un puñado de esmeraldas
en el acero de un escudo.

Hay rostros también: rostros oscuros, truculentos,
sonrientes; rostros francos y audaces
de hombres de pies desnudos, bien armados
y silenciosos. Llenaron completamente
el reducido espacio de los puentes de nuestra
goleta con su ornamentada y bárbara aglomeración,
con los variados colorines de sus
chaquetillas y bordados, el brillo de sus cimitarras,
argollas de oro, amuletos, ajorcas,
lanzas y las enjoyadas empuñaduras de sus
armas. Eran decididos, de ojos resueltos, de
maneras recogidas, y parécenos escuchar
aún sus voces suaves hablando de combates,
viajes y fugas, envaneciéndose con mesura,
bromeando jovialmente; ensalzando, a veces,
en comedido murmullo, su propia audacia y
nuestra generosidad, o celebrando, con leal
entusiasmo, las virtudes de su señor. Recordamos
los rostros, los ojos, las voces; vemos
nuevamente el brillo de las sedas y los metales;
el estremecimiento rumoroso de aquella
multitud brillante, alegre y marcial, y nos
parece sentir aún el apretón de sus bronceas
manos, que, tras rápida sacudida, volvían
a apoyarse sobre las cinceladas empuñaduras.
Tales eran las gentes de Karain, sus
devotos partidarios. Sus movimientos pendían
de sus labios, y en sus ojos leían ellos sus
pensamientos; hablábales él, en voz baja y
con gran desenvoltura, de la vida y de la
muerte, y sus hombres aceptaban sus palabras
humildemente, como dones de la fatalidad.
Todos eran libres; mas, cuando a él se
dirigían, se llamaban: "Tu esclavo". A su paso
callaban las voces, como si marchase custodiado
por el silencio; temerosos murmullos le
seguían. Le llamaban su jefe guerrero. Era
Karain el gobernante de tres villorrios en una
angosta planicie; el amo de una insignificante
faja de tierra conquistada, que, semejante en
sus contornos a una luna nueva, se extendía
ignorada entre las montañas y el mar.
Desde el puente de nuestra goleta, anclada
en el centro de la bahía, nos indicó, con
un gesto teatral de su brazo, la extensión de
sus dominios, a lo largo de la rugosa silueta
de las montañas; y con su ademán pareció
alejar sus límites, acrecentándolos de pronto
hasta algo tan inmenso y tan vago, que, por
un instante, dijérase que su sola frontera
fuese el cielo. Y en verdad, observando el
lugar, apartado del mar e incomunicado de la
tierra por el desigual declive de las montañas,
era difícil suponer la existencia de vecindad
alguna. El sitio era tranquilo, solitario, ignorado

y pletórico de una vida que se deslizaba ocultamente, con una inquietante impresión de soledad, de una vida que parecía indeciblemente vacía de cualquier cosa que pudiera estremecer si pensamiento, llegar al corazón, ofrecer una indicación del paso ominoso de los días. Apareció a nuestros ojos como una tierra sin recuerdos, desengaños ni esperanzas; una tierra donde nada podría sobrevivir a la llegada de la noche, y en la que todo amanecer, como acto deslumbrante de creación especialísima, estuviese desligado en absoluto de la víspera y el mañana.

Karain alargó el brazo sobre ella. «¡Toda mía!» Golpeó el puente con su largo cetro, cuyo puño de oro relampagueó como una estrella fugaz. Muy cerca de él, un viejo silencioso, envuelto en una negra y bordada vestidura, fue el único, de entre los malayos que rodeaban al jefe, que no siguió con la vista el ademán dominador. No levantó siquiera los párpados. Detrás de su amo, conservaba inclinada e inmóvil la cabeza, sosteniendo sobre el hombro derecho una larga hoja envainada en funda de plata. Estaba allí de guardia, pero sin curiosidad, y parecía fatigado, no por las años, sino por la posesión de algún terrible secreto de la existencia. Karain, fuerte y orgulloso, guardaba afectada actitud y respiraba tranquilamente. Era aquélla nuestra primera visita, y paseamos a nuestro alrededor la mirada curiosa.

La bahía semejaba un insondable pozo de luz. La líquida pantalla circular reflejaba un cielo luminoso, y las costas que la encerraban formaban un opaco anillo de tierra flotando en un vacío de transparente azul. Las colinas, rojas y áridas, erguíanse pesadamente contra el cielo; sus picos parecían desvanecerse en colorido estremecimiento de vapor ascendente; señaladas sus escabrosas faldas por el verde de estrechas quebradas, a sus pies extendíanse arrozales, plantíos y arenas amarillas. Como hebra de hilo tirada en el suelo corría un arroyo. Montes de árboles frutales indicaban los lugares; palmas frágiles unían sus aprobadoras cabezas sobre bajas casuchas; a lo lejos, como si fuesen de oro, brillaban las hojas de palma seca de los techos, entre la oscura aglomeración de los árboles; pasaban figuras, rápidas y fugaces; sobre la masa de los floridos matorrales se elevaba el humo de los fuegos, y, perdiéndose en líneas quebradas por entre los campos, resplandecían cercas de bambú. Un grito repentino se levantó en la costa, resonó, melancólico, en la distancia, y cesó bruscamente,

como si en aquella lluvia de sol hubiérase apagado; una bocanada de aire oscureció por un instante las aguas tranquilas, nos acarició el rostro y se perdió en el espacio. Nada se movía. El sol ardiente caía a un vacío sin sombras, lleno de colores y paz.

Tal era el escenario sobre el cual discurría, espléndidamente ataviado en su papel, incomparablemente digno, lleno de la importancia de que le rodeaba el poder provocar la absurda expectación de algo heroico e inminente –una hazaña o una canción– sobre el tono vibrante de un sol maravilloso. Resultaba pintoresco e inquietante, porque no era posible imaginar qué profundidad de espantable vacío podía disimular tan cuidada apariencia. No iba enmascarado: respiraba demasiada vida, y una máscara no es sino algo muerto, pero se presentaba a sí mismo, esencialmente, como un actor, como un ser humano agresivamente disfrazado. El más insignificante de sus actos era ficticio al par que inesperado; sus palabras, graves; sus frases, fatídicas como profecías y complicadas como arabesco. Se le trataba con ese solemne respeto que en el Occidente irreverente se tributa sólo a los monarcas de las candilejas; y él aceptaba el profundo homenaje con firme dignidad, rara vez vista en las tablas ni en el grosero artificio de alguna situación de escena trágica. Hacíase casi imposible recordar quién era: no más que el insignificante jefecillo de un rincón de Mindanao, convenientemente apartado, en donde nos era dable quebrantar, con relativa impunidad, la ley que contravenía el tráfico de armas y municiones con los nativos. Una vez en la bahía no nos inquietaba lo más mínimo lo que pudiera ocurrir si alguno de los moribundos cañoneros españoles daba repentinas señales de vida: tan completamente alejada parecía del alcance de un mundo próximo. Además, por aquellos días éramos dueños de la imaginación necesaria para considerar, con cierta regocijada ecuanimidad, la perspectiva de vernos colgados tranquilamente, lejos de cualquier protesta diplomática. En cuanto a Karain, nada podría ocurrirle que no pudiera ocurrir a los demás: la adversidad y la muerte; pero su mayor cualidad era la de presentarse eternamente envuelto en la ilusión de un triunfo inevitable. Creíase hartamente sensacional, demasiado necesario allí, demasiado vital en la existencia de sus dominios y su pueblo, para temer su destrucción por otra cosa que un terremoto. En él resumíase su raza entera; su patria, la fuerza elemental de una ardiente

existencia de naturaleza tropical. El hombre poseía toda su energía exuberante, su mismo encanto, y, como ella, ocultaba en su Interior la semilla del peligro. En numerosas visitas sucesivas pudimos apreciar el escenario en que actuaba: el semicírculo púrpura de las montañas, los finos árboles reclinándose sobre las casas, las amarillas arenas, el verde desbordante de los valles. Todo ello tenía el colorido crudo y variado, la exactitud casi excesiva, la sospechosa inmovilidad de un decorado teatral, y tan bien cobijaba la perfección de sus asombrosas simulaciones, que el resto del mundo parecía separado para siempre del espectáculo suntuoso. Nada podía existir fuera de allí. Parecería que la tierra hubiera desaparecido y sólo quedara aquel jirón de ella en el espacio. Karain daba la impresión de hallarse absolutamente apartado de todo, excepto del sol, y aún que éste hubiera sido hecho únicamente para iluminarle.

Interrogado cierta vez acerca de qué existía más allá de sus colinas, Karain replicó, con significativa sonrisa: «Amigos y enemigos; multitud de enemigos: si no, ¿para qué habría de comprar vuestras armas y vuestra pólvora?» Siempre fue así: impecable de palabra en su papel, actuando en fiel acuerdo con los misterios y realidades de lo que le rodeaba. «Amigos y enemigos...» Nada más. La respuesta era impalpable y vasta. En verdad, el mundo había huido de sus dominios, y él, con aquel puñado de hombres suyos, erguíase rodeado de un silencioso tumulto, como de sombras en combate. Ningún rumor transponía las fronteras. «¡Amigos y enemigos!» Podría haber agregado: «y recuerdos», al menos en lo que a él tocaba; pero olvidóse entonces de hacer tal observación. Más tarde, sin embargo, esta circunstancia surgió por sí sola, mas fue ya pasada la diaria representación: tras las bambalinas, por decirlo así, y con las luces apagadas. Entretanto, el hombre llenaba el escenario con bárbara dignidad. Cosa de diez años antes había conducido a su gente –un miserable grupo de «bugis» vagabundos– a la conquista de la bahía, y ahora, bajo su augusta vigilancia, habían echado al olvido su pasado y perdido toda idea del futuro. El les otorgaba sabio juicio, consejo, castigo y recompensa, vida o muerte, con la misma serenidad en la voz que en la actitud. Era entendido en el riego de los campos y en el arte de la guerra, en la bondad de las armas y en la ciencia de construcción de botes. Templaba mejor su corazón,

poseía mayor resignación, podía nadar y remar más y mejor que cualquiera de sus gentes; tiraba al blanco con sin igual certeza y regateaba más tortuosamente que cualquier individuo de su raza. Era un aventurero del océano, un paria, un gobernante... y excelente amigo mío. Deseo para él rápida muerte en un combate leal, y a la luz del sol, porque supo del remordimiento y del poder, y nadie puede exigir más de la vida. Día tras día aparecía ante nosotros, incomparablemente fiel al artificio de su escena, y a la caída del sol la noche descendía sobre él rápida como un telón. Las enlazadas colinas –negras sombras– levantábanse como torres contra un cielo claro; sobre ellas, la brillante confusión de las estrellas semejava loco tumulto, pacificado en un gesto único; cesaban los rumores, dormían los hombres, desvanecíanse las formas... quedando apenas la realidad del universo: un asombroso efecto de oscuridades y destellos.

2

Era por la noche cuando él hablaba abiertamente, olvidando las exigencias de su escenario. Durante el día despachaba sus asuntos de estado. Al principio existieron entre él y yo su propio esplendor, mis miserables sospechas y el teatral paisaje, que se inmiscuía en nuestras existencias con su inmóvil fantasía de línea y color. Sus partidarios se agrupaban a su alrededor; sobre su cabeza las anchas hojas de sus azagayas formaban un halo erizado de aceradas púas, y ellos le protegían de la humanidad con el destello de las sedas, el brillo de las armas, el rumor emocionado y respetuoso de sus voces ansias. Antes de que el sol se pusiera, retirábase con gran ceremonia, y se alejaba reclinado bajo una roja sombrilla y escoltado de una línea de barquillas. Los remos todos relampagueaban y golpeaban al unísono sobre las aguas, en un chapoteo formidable, que repercutía ruidosamente en el anfiteatro monumental de las montañas. Una amplia estela de espumas deslumbrantes se arrastraba tras la flotilla. Sobre la blanca espuma de las aguas, los botes eran manchas negras; enturbantadas cabezas agitábanse de atrás hacia adelante; una multitud de brazos en rojo y amarillo se elevaba y caía en un solo movimiento; los timoneles, rígidos en la popa de las canoas, mostraban sus abigarradas vestiduras y sus hombros brillantes, como de estatuas de bronce; las apagadas estrofas del canto de los remeros morían, periódicamente, en un grito melancólico. Empequeñecíanse en la

distancia; cesaba el canto; sobre la playa, los hombres hormigueaban en las largas sombras de las colinas de Occidente. Los rayos del sol se arrastraban sobre los picos de púrpura, y podíamos distinguir a Karain encaminándose hacia su empalizada: su figura maciza, a cabeza descubierta, guiaba un disperso *cortége* meciendo con regularidad un cayado de ébano más alto que él. La oscuridad aumentaba rápidamente; flameaban las antorchas a intervalos, pasando entre los matorrales; uno o dos largos gritos abríanse camino en el silencio vespertino, y la noche extendía por último la suavidad de sus velos sobre la costa, las luces y las voces.

Luego, cuando pensábamos ya en el reposo, los vigías de la goleta reclamaban el santo y seña ante el golpe de unos remos en la niebla estrellada de la bahía; una voz replicaba en tono bajo, y nuestro piloto, asomando la cabeza por el tragaluz, nos anunciaba sin sorpresa alguna: «Viene ese raja. Aquí está ya». Karain surgía silenciosamente en el umbral del estrecho camarote. Mostrábasenos entonces como la simplicidad misma, vestido de blanco de los pies a la cabeza, embozado, y sin más armas que un cris con una sencilla empuñadura de cuerno de búfalo, que se apresuraba a ocultar cortésmente bajo los pliegues de su túnica, antes de cruzar el umbral. El rostro del anciano escudero, gastado y sombrío y tan lleno de arrugas que parecía asomar por entre las mallas de una fina red negra, aparecía tras de su hombro. Karain no hacía movimiento alguno sin aquel acompañante, que se erguía o se sentaba en cuclillas a espaldas suyas. A Karain le disgustaba la sola idea de no tener cubiertas las espaldas. Era algo más que un simple sentimiento de disgusto: algo semejante al miedo, cierta nerviosa preocupación de lo que pudiera ocurrir fuera del alcance de su vista. Esto, ante la manifiesta y fiera lealtad que le rodeaba, era inexplicable. Se encontraba entre hombres que eran sus devotos, a cubierto de toda emboscada por parte de sus vecinos y de toda fraternal ambición, y, con todo, más de uno de nuestros visitantes nos había asegurado que su jefe no podía sufrir el estar solo. «Incluso cuando hace sus comidas, cuando descansa –nos decían–, alguien vigila cerca de él, fuerte y bien armado.» Ciertamente, tenía siempre a alguno junto a sí, aunque nuestros informantes no imaginaban la fuerza ni las armas de aquél, tan fantásticas como terribles. Nosotros lo supimos, pero más adelante, cuando oímos su historia. En el ínterin,

observamos que, aun durante sus más trascendentales entrevistas, Karain se sobresaltaba e, interrumpiendo su charla, echaba el brazo atrás en un gesto repentino, para asegurarse de que el viejo estaba allí. Siempre estaba allí el viejo, fatigado e impenetrable. Con él compartía su comida y sus pensamientos; él sabía sus planes, era el guardián de sus secretos, e, impasible tras la agitación de su señor, sin moverse en lo más mínimo, murmuraba sobre su hombro, en un tono tranquilizador, ciertas palabras difíciles de alcanzar.

Solamente a bordo de nuestra goleta, al encontrarse rodeado de rostros blancos y voces y cosas extrañas para él, Karain parecía olvidar la inexplicable obsesión que serpenteaba, como una negra cinta, por entre la pompa suntuosa de su vida pública. Por la noche lo tratábamos libre y desenfadadamente, deteniéndonos apenas en nuestro impulso de darle palmaditas en la espalda, porque hay ciertas libertades que es menester no tomarse jamás con un malayo. El mismo afirmaba que en tales ocasiones era apenas un caballero particular visitando a otros particulares, a quienes suponía tan bien nacidos como él. Me imagino que ni por un momento dejó de suponernos emisarios del gobierno, personajes obscuramente oficiales que ocultábamos, con nuestro tráfico ilegal, algún proyecto de alta importancia política. Inútiles fueron siempre nuestras negativas y protestas. Se limitaba a sonreír con discreta cortesía, solicitando informes de la reina. Todas sus visitas principiaban por esa pregunta; se mostraba, insaciable de detalles; fascinábale la persona de aquella cuyo cetro, extendiéndose desde el Occidente, pasaba sobre el universo y los mares, hasta más allá de aquel su propio puñado de tierra conquistada. Multiplicaba las preguntas, como si no averiguara jamás lo suficiente, sobre una emperatriz de quien hablaba con admiración y caballeresco respeto, y aun con cierto afectuoso temor. Más adelante, cuando supimos que era hijo de una mujer que gobernó, hacía muchos años, un pequeño reino «bugi», dimos en sospechar que su madre (a la que se refería con entusiasmo) confundíase de algún modo en su ánimo con la imagen que él trataba de forjarse de una reina lejana a quien llamaba Grande, Invencible, Pía y Afortunada. Finalmente tuvimos que inventar detalles para satisfacer su ávida curiosidad, y ha de perdonársenos en gracia a nuestra lealtad, pues tratamos siempre de hacerlos dignos del

ideal magnífico y augusto que Karain imaginaba. Charlábamos. La noche resbalaba sobre nosotros, sobre la goleta inmóvil, la tierra dormida y el mar insomne, que atronaba contra los arrecifes fuera de la bahía. Sus remeros, dos hombres dignos de toda su confianza, dormían en el bote, al pie de nuestra escala. El viejo confidente, relevado de su obligación, dormitaba sobre los talones, apoyado de espaldas contra el umbral del camarote y Karain tomaba asiento en un sillón de madera, bajo el ligero balanceo de la lámpara, con un silbato entre los dedos bronceados y un vaso de limonada delante. Divertíale observar la efervescencia del refresco, mas después de uno o dos sorbos, dejábalo sobre la mesa y pedía una nueva botella. Reducía, de este modo, considerablemente nuestra provisión, pero no le escatimábamos el obsequio, porque, una vez dispuesto a hacerlo, charlaba bien. Debió de haber sido en sus días un magnífico *dandy* entre los «bugis», porque aun entonces (y cuando le conocimos había dejado de ser joven) apenas si su espléndido otoño teñía sus cabellos de un suave tono plateado. La tranquila dignidad de sus maneras transformaba aquel agujero mal iluminado de nuestra goleta en un anfiteatro. Hablaba de política con irónica y melancólica agudeza. Había viajado mucho, sufrido no poco, intrigado, luchado. Conocía bien las cortes nativas, las colonias europeas, los bosques y el mar y, como él mismo decía, había hablado en sus tiempos con muchos grandes hombres. Gustaba de charlar conmigo porque había conocido yo a algunos de éstos: pensaba quizá que podría comprenderle, y, con exquisita confianza, presumía que yo, al menos, sabría apreciar su superioridad. Prefería sin embargo, hablar de su tierra natal: un pequeño estado «bugi» en la isla de Célebes. Algún tiempo antes había visitado yo el lugar, y Karain me pedía, ávidamente, noticias de él. Cuando surgía algún nombre en la conversación, exclamaba— «De muchachos, competimos en un torneo de natación», o: «Juntos íbamos a cazar ciervos; el hombre sabía emplear el lazo y la azagaya tan bien como yo». De cuando en cuando inquietábase la mirada de sus grandes ojos soñadores; fruncía el ceño, sonreía, o se tornaba pensativo y, fija la mirada y en silencio, movía la cabeza ligeramente, recordando cualquier amarga visión del pasado. Su madre había sido jefe de cierto estado semi-independiente de la orilla del mar, a la entrada del Golfo de Boni. Karain hablaba de

ella con orgullo. Fue una mujer enérgica en lo tocante a asuntos de estado y asimismo en los que al corazón se referían. A la muerte de su primer marido, sin inquietarse ante la turbulenta oposición de los caciques, se casó con un rico comerciante, un «korminchi» sin nombre. Karain era hijo de aquel segundo matrimonio, pero la desgracia de su ascendencia, al parecer, no guardaba relación alguna con su destino. Sobre el motivo de éste, Karain no decía una palabra, aunque en alguna ocasión dejó escapar un suspiro: «¡Ay! Mi patria no sentirá más el peso de mi cuerpo». Pero relataba espontáneamente la historia de sus correrías y nos puso al tanto de todo lo referente a la conquista de la bahía. Hablando de los que habitaban al lado opuesto de las montañas, murmuraba suavemente, con desenfadado gesto de la mano: «Cierta vez cruzaron las colinas en son de batalla, pero los que escaparon con vida no volvieron más». Permaneció pensativo unos instantes, sonriendo para sí. «Muy pocos escaparon», agregó con orgullosa serenidad. Acariciaba devotamente la memoria de sus triunfos; poseía una exaltada avidez de lucha; al hablar, asumía un aspecto belicoso, caballeresco y edificante. No era extraño que su pueblo le admirase. En alguna ocasión lo vimos, a la luz del día, marchando por entre las casuchas de su colonia. A las puertas de las chozas, las mujeres se volvían para mirarlo, murmurando mansas alabanzas, brillantes los ojos; los hombres armados se apartaban ante él, rígidos y sumisos; se aproximaban otros, quebrando las espaldas para hablarle humildemente; una vieja alargaba el brazo escuálido bajo la túnica, gritando desde un oscuro portal: «¡Bendito seas!»; un hombre de ojos audaces asomado a la cerca de un plantío, curtido el rostro y el pecho surcado de dos largas cicatrices, vociferaba jadeante: «¡Dios conceda la victoria a nuestro señor!» Karain iba de prisa, con firme y largo paso, respondiendo a izquierda y derecha a los saludos con breves miradas penetrantes. Se adelantaban los chiquillos, corriendo entre las chozas, asomando temerosos desde los rincones, y en la oscuridad de las hojas sus ojos relampagueaban. El viejo escudero, al hombro la cimitarra de plata, trotaba apresuradamente tras de su amo, con la cabeza inclinada y la vista en el suelo. Rápidos y absortos, pasaban por aquella vasta agitación, como dos hombres apresurados a través de enorme soledad.

En la sala del consejo estaba rodeado de la

gravedad de sus jefes armados, mientras dos largas filas de lanceros, vestidos de telas de algodón, permanecían en cuclillas, cruzados los brazos. Bajo el techo sostenido por suaves columnas, cada una de las cuales costara la vida a alguna palma erecta y joven, se difundía en olas tibias el perfume de los setos en flor. Caía el sol. En el patio abierto los mendigos cruzaban la verja, levantando, ya desde lejos, las manos juntas sobre sus cabezas inclinadas, doblados profundamente en la cinta luminosa del rayo del sol. Algunas jovencitas, con flores en él regazo, estaban sentadas bajo los amplios brazos de un árbol gigante. El humo azul de los hogares extendíase en clara neblina sobre los altos techos de las casuchas, construidas de juncos tejidos y rodeadas de toscos pilares que sostenían los aleros en declive. Karain impartía justicia a la sombra. Desde lo alto de su asiento daba órdenes, consejo o sentencia. De cuando en cuando, él murmullo de aprobación se elevaba más fuerte, y los lanceros, reclinados negligentemente contra los pilares, observando a las muchachas, volvían despacio la cabeza. A nadie le fue otorgado nunca el abrigo de tanto respeto, tan grande confianza ni tan manifiesto temor. Y, sin embargo, se inclinaba a veces hacia adelante como aguzando el oído a alguna lejana nota discordante, como si esperase escuchar una voz débil, el rumor de pasos breves; o, de pronto, se incorporaba en su asiento como si *te* hubieran tocado familiarmente en el hombro. Volvía la vista atrás con aprensión, el viejo murmuraba a su oído palabras ininteligibles, y los jefes apartaban los ojos en silencio, porque el anciano brujo, aquél que tenía poder para hacerse obedecer por los espectros y enviar los espíritus malignos contra el enemigo, hablaba ahora a su señor. Alrededor de la breve quietud del patio abierto mecíanse los árboles suavemente, mientras la risa blanda de las jovencillas, jugando con sus flores, se elevaba en claros brotes de regocijado rumor. En el extremo de las lanzas rígidas, y al golpe del viento, ondeaba, ligero y rojo, el largo penacho de crines de caballo; más allá de los setos, el arroyo de aguas rápidas y claras corría, invisible y rumoroso, bajo el césped declinante de la ribera, en un gran murmullo, apasionado y manso. Luego que se ponía el sol, a lo lejos, sobre los campos y sobre la bahía, encendíanse racimos de haces luminosos, ardiendo bajo el alto cobertizo del consejo. Rojas llamas humeantes mecíanse en largas pértigas, y la

fiera llamarada aleteaba sobre los rostros, y lamiendo los troncos blandos de las palmeras punteaba de brillantes chispazos el filo de los platos de metal sobre las finas alfombras. Aquel oscuro aventurero se regalaba como un rey. Pequeños racimos de hombres se agrupaban en apretados círculos alrededor de las fuentes; manos bronceadas revoloteaban sobre el acervo niveo de los arroces. Sentado en tosca yacija, apartado de los demás, Karain se reclinaba sobre el codo con la cabeza baja; cerca de él, algún jovenzuelo improvisaba, en tono alto, una canción en elogio de su audacia y su saber. El cantor se mecía de atrás adelante, de adelante atrás, extraviando los ojos; unas viejas cojeaban aquí y allá llevando fuentes; y los hombres, charlotteando en voz baja, levantaban la cabeza para escuchar gravemente sin dejar de comer. El canto triunfal vibraba en la noche y las estrofas rodaban quejumbrosas y fieras como los pensamientos de un eremita. Karain lo acallaba con un sigilo: «¡Basta!». Un búho graznaba a lo lejos, regocijándose en el encanto de la honda lobreguez bajo el Maje espeso; más allá, las lagartijas corrían sobre el muro; susurraban las hojas secas de los techos, y, de pronto, el abigarrado rumor de las voces se acrecentaba. Después de lanzar una inquieta mirada circular, como lo haría un hombre que despertase de improviso al sentido del peligro, Karain se echaba atrás, y bajo la mirada inclinada del viejo encantador recogía, con los ojos muy abiertos, el frágil hilo de su ensueño. Los hombres observaban su talante; el hinchado rumor de la charla vivísima se apagaba como una ola sobre playa escarpada.

El jefe está pensativo.

Y sobre el extenso murmullo de las voces calladas escúchase apenas un ligero tintineo de armas, alguna palabra, distinta y solitaria, o el grave clamor de una enorme fuente de bronce.

3

Por espacio de dos años lo visitamos de cuando en cuando. Llegamos a quererlo, a confiar en él, casi a admirarlo. Planeaba y preparaba por entonces una guerra, con previsión, con paciencia; con una fidelidad a sus propósitos y una firmeza de las que le hubiera Imaginado incapaz, por condición de raza. Parecía indiferente al futuro, y desplegaba en sus planes una sagacidad limitada apenas por su profunda ignorancia del resto del mundo. Quisimos iluminarlo, pero nuestros esfuerzos por hacerle ver la invencible resistencia de la

fuerzas que se proponía conquistar no lograron desanimarla en su ansiedad de asestar un golpe por imponer sus primitivas ideas. No comprendía, y nos replicaba con razones que casi nos desesperaban por su infantil astucia. Resultaba absurdo e irrefutable. En ocasiones sorprendimos en él chispazos de una latente, sombría, furia interior: un vago y creciente sentido del mal y un concentrado anhelo de violencia, peligroso en un indígena. Rugía como un poseído. Cierta vez, después de haber estado charlando con él en su *campong* hasta una hora avanzada, dio un salto repentino. Un gran fuego clareaba el bosque; danzaban entre los árboles luces y sombras; en la noche inmutable revoloteaban los murciélagos entre los matorrales, como copos temblorosos de una más densa oscuridad. Arrebató la cimitarra al viejo escudero, la desenfundó con un zumbido y clavó la punta en tierra. Sobre la fina hoja erecta, el puño de plata, libre, se estremecía como un ser vivo. Retrocedió un paso y en un tono fatídico increpó fieramente al acero vibrante:

—¡Si hay virtud en el fuego, en el hierro, en las manos que te forjaron, en las palabras sobre ti pronunciadas, en el deseo de mi alma y la sabiduría de tus hacedores, seremos, juntos, victoriosos!

Levantó el acero, observando el filo de la hoja, «Toma», dijo al viejo, sin volver la cabeza. El otro, en cuclillas e inmóvil, limpió la punta de la cimitarra en uno de los extremos de su túnica y, volviéndola a su vaina, quedó acariciándola sobre sus rodillas, sin decir una sola palabra. Karain, repentinamente calmado, tornó a sentarse con toda dignidad. Después de aquello desistimos de hacer objeción alguna y lo dejamos partir en busca de un honroso desastre. Todo lo que podíamos hacer en su favor era cuidar que la pólvora fuese digna del precio que por ella nos pagaba, y las armas útiles, aunque viejas. Pero el juego se tornaba demasiado peligroso, y si bien nosotros, habiéndolo desafiado con frecuencia, pensábamos poco en el peligro, gentes respetables, que vivían apaciblemente en sus oficinas coloniales, decidieron, por nosotros, que los riesgos eran muchos y que sólo podía hacerse otro viaje más. Luego de proporcionar, según costumbre, engañosas indicaciones sobre nuestro punto de destino, desaparecimos tranquilamente, y tras rápida jornada atracamos en la bahía. Era muy de mañana, y aun antes de que el ancla tocase fondo, la goleta se vio rodeada de botes.

La primera noticia que recibimos fue que el viejo escudero de Karain había muerto días antes. No concedimos gran importancia a la nueva. Ciertamente, era difícil imaginar a Karain sin su inseparable servidor, pero el viejo no había cruzado palabra alguna con nosotros, apenas si alcanzamos a escuchar, en ciertas ocasiones, el tono de su voz, y habíamos llegado a considerarlo como algo inanimado, como parte de las galas reales de nuestro amigo, como la cimitarra misma que llevaba o la roja sombrilla de flecos exhibida durante alguna ceremonia oficial. Karain no vino a visitarnos aquella tarde, como era su costumbre. Un mensaje de bienvenida y un presente de frutas y verduras alegaron para nosotros, antes de la puesta del sol. Nuestro amigo nos pagaba como un banquero, mas nos agasajaba como un príncipe. Estuvimos esperándole hasta medianoche. Bajo la toldilla de popa el barbado Jackson rasgueaba una vieja guitarra y cantaba, con malísima voz, apasionadas canciones españolas, mientras el joven Hollis y yo, tendidos sobre el puente, jugábamos una partida de ajedrez a la luz de un farol. Karain no se presentó. Al siguiente día nos ocupamos en descargar y supimos que el raja se hallaba indispuesto. La invitación que esperábamos para verlo no llegó. Le enviamos amistosos mensajes, pero, temiendo interrumpir algún consejo secreto, permanecemos a bordo. A una hora temprana del tercer día habíamos desembarcado toda la pólvora y los rifles y asimismo un cañón de bronce de seis libras, con su cureña que, por subscripción, traíamos como un obsequio a nuestro amigo. El filo deshilachado de algunas negras nubes asomaba sobre las montañas, y mar adentro se amontonaban rayos invisibles, rugiendo como bestias salvajes. Dispusimos la goleta para hacernos a la mar, con el propósito de levar anclas al amanecer. Todo el día un sol implacable cayó ardiendo sobre la bahía, pálida y ardiente al rojo blanco. En la costa nada se agitaba. La playa aparecía desierta, los villorrios abandonados; los árboles lejanos se erguían en racimos inmóviles, como si estuvieran pistados; el humo blanco de algún fuego invisible se arrastraba sobre las costas de la bahía cual niebla tendida. Ya avanzado el día, tres de los caciques de Karain, engalanados suntuosamente y armados hasta los dientes, aparecieron en una canoa, trayendo una caja de dólares. Su aire era melancólico y lánguido, y nos dijeron no haber visto a su raja en cinco días. ¡Nadie te había visto! Ajustamos todas nuestras

cuentas, y después de un apretón de manos silencioso descendieron, uno tras otro, a su bote, y fueron conducidos, a fuerza de remo, hasta la playa, sentados muy juntos, envueltos en vividos colores, las cabezas bajas. Los bordados en oro de sus chaquetillas resplandecían de modo deslumbrante al deslizarse sobre las mansas aguas, y ni un solo volvió el rostro siquiera. Antes de la caída del sol las nubes gruñonas barrieron con premura el filo de los montes y se precipitaron, atropelladamente, ladera abajo. Desaparecieron todas las cosas; negros vapores se arremolinaban en la bahía, y en medio de ellos se mecía la goleta a impulsos del viento. Un trueno tempestuoso atronó en la oquedad con una violencia capaz, al parecer, de hacer estallar en mil pedazos el circo de tierra, y un tibio diluvio descendió sobre nosotros. Cesó el viento. Nos agrupamos en el camarote, chorreando; afuera silbaba la bahía hirviente; caía el agua en dardos perpendiculares, pesados como el plomo, y en la noche ciega restallaba sobre el puente, derribaba amarras, gorgoteaba, sollozaba, chapoteaba, murmuraba. Nuestra lámpara ardía débilmente. Hollis, desnudo hasta la cintura, estaba tendido sobre las chilleras, los ojos cerrados e inmóvil como cadáver despojado; a su cabecera, Jackson punteaba la guitarra y boqueaba en suspiros una fúnebre endecha que hablaba de un amor loco y unos ojos como estrellas. Luego llegaron a nosotros, desde el puente, voces repentinas que resonaban en la lluvia; unos pasos presurosos y, de pronto, apareció Karain en el umbral del camarote. Su pecho desnudo y su rostro brillaban en la luz; la túnica, empapada, se le enredaba en las piernas; en su mano izquierda traía el cris envainado, y algunos mechones de mojados cabellos, escapando bajo el pañuelo rojo, le caían sobre los ojos hasta las mejillas. Penetró de una larga zancada, mirando hacia atrás, con gesto de bestia perseguida. Hollis se incorporó, abriendo los ojos. Jackson extendió la ancha mano de un golpe sobre las cuerdas, y la metálica vibración murió de repente. Yo me puse de pie.

—¡No hemos oído que se nos advirtiera la llegada de tu bote! —exclamé.

—¡Bote! ¡El hombre ha venido nadando! —exclamó Hollis. —¡No hay más que verlo! Karain respiraba pesadamente, con ojos enloquecidos, mientras lo mirábamos en silencio. Escurría el agua de sus ropas, formando un charco oscuro que culebreaba por el piso del camarote. Oímos que Jackson alejaba

de la toldilla a nuestros tripulantes malayos; juró amenazador en medio del chubasco, y hubo una gran conmoción sobre el puente. Los vigías, asustados por la visión espectral que asaltaba la borda, surgiendo inesperadamente de la noche, habían alarmado a toda la tripulación.

Jackson regresó, salpicados la barba y los cabellos de gotitas brillantes, con un gesto de enojo en el rostro, y Hollis, que siendo el más joven de nosotros adoptaba una indolente superioridad, exclamó sin moverse:

–Dadle una túnica seca... la mía; está colgada en el baño.

Karain dejó el cris sobre la mesa, el puño hacia adentro, y murmuró unas palabras con voz ahogada.

–¿Qué dice? –inquirió Hollis, que no había oído.

–Se excusa por venir armado– respondí aturdido.

–¡Vaya un mendigo ceremonioso! Dile que a un amigo se le perdona cualquier cosa... en una noche como ésta –gruñó Hollis. –¿Qué ocurre?

Karain se echó encima la túnica de Hollis, deje resbalar la suya a sus pies y salió de ella. Le señalé el sillón, su sillón. Tomó asiento, muy derecho, exclamando: «¡Ay!» con voz fuerte, y un breve estremecimiento sacudió su corpachón. Ladeando la cabeza sobre el hombro, inquieto, nos miró como si fuese a hablarnos; pero se limitó a fijar los ojos, ciegos en el espacio, y nuevamente volvió la cabeza hacia atrás.

Jackson gritó «¡Vigilad bien la cubierta!», y al escucharse en lo alto una apagada respuesta, alargando el pie, cerró de un golpe la puerta del camarote.

–Ya no hay nada que temer –anunció.

Los labios de Karain se agitaron ligeramente.

Un vivo relámpago de luz hizo brillar ante él las dos redondas portas de popa como un par de crueles ojos fosforescentes. La llama de la lámpara pareció, por un instante, diluirse en un polvillo bronceado, y el espejo de la repisa emergió tras ella en plancha bruñida de viva luz. El estruendo de la tormenta se aproximó, estallando sobre nosotros; tembló la goleta, y la voz enorme, terriblemente amenazadora, prosiguió su marcha a la distancia. Durante un minuto una lluvia furiosa resonó sobre cubierta. Karain fijó la vista, lentamente, de rostro en rostro, y el silencio continuaba tan hondo que todos podíamos percibir distintamente los dos cronómetros que golpeaban su tictac con persistente

velocidad.

Nosotros tres, extrañamente conmovidos, no podíamos apartar la vista de él. Se había convertido en un hombre misterioso y patético, en virtud de aquel secreto motivo que le había impulsado a buscar refugio en la goleta, en la noche y bajo la tormenta. Ninguno dudó ni un instante de que nos hallábamos ante un fugitivo, por muy increíble que nos lo pareciese. Tenía un aire de cansancio como si no hubiera conciliado el sueño en muchas semanas, y estaba enflaquecido como quien no come en varios días. Tenía las mejillas hundidas, los ojos apagados y los músculos del pecho y los brazos encogidos como después de un combate fatigoso. Ciertamente, la distancia cruzada a nado hasta la goleta había sido larga, pero era otra la fatiga que revelaba su rostro: el atormentado cansancio, la cólera y el miedo de una lucha tremenda contra alguna obsesión, un pensamiento contra algo inasequible y sin tregua—: una sombra, algo indomeñable e inmortal, que hacía presa en su vida. Lo comprendimos como si él mismo nos lo hubiese gritado. Ensanchaba el pecho una y otra vez, como impotente para contener los latidos de su corazón. Por un momento tuvo él poder de los posesos; el poder de despertar en los espectadores asombro, pena, piedad y un temeroso sentido de lo invisible, de las cosas oscuras y mudas que envuelven la soledad de los hombres. Sus ojos vagaron distraídos durante breves segundos, y luego se inmobilizaron. Con un esfuerzo, dijo:

—He venido... Abandoné mi refugio como si hubiera sufrido una derrota. Corrí en la noche. El agua era negra. Lo dejé, llamando sobre el negro filo de las aguas... Lo dejé de pie en la playa, solo. Yo nadaba..., él me llamo..., yo seguí adelante...

Temblaba de pies a cabeza, sentado muy firme y la mirada fija ante él. ¿Dejó a quién? ¿Quién lo había llamado? No acertábamos a comprender. Aventuré:

—Tranquilízate.

El sonido de mi voz pareció afirmarlo en repentina rigidez, pero no dio otra muestra de haberme oído. Pareció escuchar, aguardar algo durante un instante, y prosiguió:

—Aquí no podrá venir, y por eso he venido a buscaros... A vosotros, hombres blancos que despreciáis las voces invisibles. El no puede alentar en vuestra incredulidad ni en vuestra fuerza.

Permaneció silencioso por un buen rato, exclamando después nuevamente:

–¡Ah, la fuerza de los incrédulos!

–No estamos más que nosotros –dijo Hollis, con calma.

Reclinado, con la cabeza apoyada en el mentón, no hacía movimiento alguno.

–No sé –replicó Karain–. Jamás me ha seguida hasta aquí. ¿Acaso el sabio anciano no estaba siempre conmigo? Pero desde que este murió (él, que sabía de mis penas) aquélla voz se hace oír todas las noches. Muchos días me encerré en la oscuridad. Percibo claramente los murmullos lamentables de las mujeres, el susurro del viento, de las aguas que corren; el golpe de las armas en manos de mis fieles, sus pasos... ¡y esa voz!... Cerca... ¡Así! ¡En mis oídos! Lo sentí próximo...

Su aliento pesó sobre mi cuello. Salté, dando un arito. A mi alrededor los hombres dormían tranquilamente. Eché a correr hacia el mar, pero él corría a mi lado, silencioso, susurrando, susurrando viejas palabras..., susurrando en mis oídos con voz cansada. Me lancé al mar y vine nadando hacia vosotros, el crujido entre los dientes. Y así, armado, huí ante un aliento, buscando vuestro amparo. Llevadme a vuestras tierras. El viejo brujo ha muerto, y con él ha desaparecido el poder de sus palabras y sus encantamientos. A nadie puedo confiarme, a nadie. No hay nadie aquí lo bastante fiel o lo suficientemente sabio para saberlo.

Únicamente con vosotros, descreídos, mi inquietud se desvanece como una neblina bajo el ojo del día. Se volvió a mí:

–¡Contigo iré! –exclamó, conteniendo el grito–. Contigo, que a tantos de nosotros conoces. Quiero abandonar estas costas... mi pueblo..., ¡a él!

Por encima de su hombro, señaló con el dedo a la ventura. Difícil era sufrir la intensidad de aquella secreta angustia. Hollis le miró con fijeza. Inquirí suavemente: –¿Dónde está el peligro?

–Fuera de aquí, en todas partes –respondió desolado–. En dondequiera que me encuentro. Me aguarda él en los senderos, bajo los árboles, en el sitio que cobija mi sueño..., en todas partes, excepto aquí.

Lanzó una mirada alrededor del pequeño camarote, hacia las vigas pintadas y el barniz manchado de las mamparas; miró a su alrededor como si apelase a todo aquel abigarramiento, al desorden de tantas cosas que constituyen la inconcebible existencia de esfuerzo, de poder, de trabajo, de incredulidad: la fuerte existencia de los blancos, que marcha, irresistible y dura, al filo de la oscuridad exterior. Karain alargó los brazos, como para

estrechar contra sí aquella existencia y a nosotros con ella. Aguardábamos. La lluvia y el viento habían cesado y la quietud de la noche alrededor de la goleta parecía tan sorda y tan completa como si el cadáver de un mundo se hubiera tendido a descansar sobre una fosa de nubes. Aguardábamos a que hablase. El impulso interior reventó en sus labios. Hay quien dice que un indígena no se confía a blanco alguno. Es un error. No existe el hombre que se confíe a su señor, pero a un aventurero y un amigo, a aquél que no viene ni a enseñar ni a mandar, a aquél que no exige nada y lo acepta todo, se le hacen confidencias al fuego del vivac, en la soledad compartida del mar, en villorrios a la orilla del río, en lugares de reposo rodeados de bosques; confidencias que están por encima de razas y colores. Un corazón habla, otro escucha; y la tierra y el mar, el cielo y el viento que pasa, y la hoja trémula, escuchan también el fútil relato del fardo de la vida.

Habló al fin. Es imposible expresar el efecto de su historia. Es imperecedera. Con ser tan sólo un recuerdo, su resplandor es tan difícil de comprender por el simple relato, como la imagen de un sueño. Sería necesario haber visto su grandeza, haberlo conocido antes, haberlo visto entonces. La titubeante oscuridad del camarote, la ahogada inmovilidad exterior, en la cual sólo era perceptible el lamido de las aguas en los costados de la goleta; el pálido rostro de Hollis, de ojos firmes y oscuros; la cabeza enérgica de Jackson, sostenida por sus dos anchas manos; la larga mata amarilla de su bafea desparramándose sobre las cuerdas de la guitarra, abandonada en la mesa; la actitud rígida e inmóvil de Karain, el tono de su voz; todo ello dejó en nosotros una impresión que no podremos olvidar. De pie, junto a la mesa, nos miraba. Su cabeza oscura y su torso de bronce surgían sobre la plancha sucia; de madera, brillante e inmóvil, como labradas en metal. Sólo sus labios se movían; relampagueaban sus ojos, morían y ardían otra vez, o quedaban tristemente fijos. Sus palabras brotaban directamente de su atormentado corazón. Oíase su melancólico murmullo como de riacho; a veces resonaban fuertes como el golpe de un gong de guerra, otras, se arrastraban lentas cual cansados viajeros o se precipitaban con la velocidad del miedo.

4

He aquí, imperfectamente, lo que dijo:
"Fue después de las diferencias que dieron al traste con la alianza de los cuatro estados

de Wajo. Combatíamos unos con otros, y desde lejos nos observaban los holandeses, hasta que la lucha nos rindió. Entonces, a la boca de nuestros ríos asomó el humo de sus naves, y sus hombres vinieron a nosotros en botes repletos de soldados para hablarnos de protección y de paz. Les respondimos con cautela y prudencia, porque habían ardido nuestras aldeas, nuestras fortalezas se hallaban desmanteladas, las gentes débiles y las armas inútiles. Vinieron para marcharse luego. Mucho se habló, pero cuando se fueron parecía todo seguir como hasta entonces, si bien sus barcos permanecían a la vista de nuestras costas, y sus comerciantes no tardaron en aparecer entre nosotros, amparados en una promesa de seguridad. Mi hermano era jefe, y de los que habían empeñado su promesa. Yo era joven entonces, había tomado parte en nuestras guerras y Pata Matara peleó conmigo. Compartimos hambres, peligros, fatigas y triunfos. Su mirada estaba alerta siempre para librarme del peligro y mi brazo habíale salvado dos veces la vida. Era mi amigo. Ocupaba una alta posición entre los nuestros como consejero de mi hermano, el jefe. Tornaba parte en las sesiones, era valeroso y cacique de numerosas aldeas de la orilla del gran lago que está en el centro de nuestras tierras, como se halla él corazón en el centro del cuerpo humano. Cuando llevaban su cimitarra a una casa en anuncio de su llegada, las doncellas murmuraban frases de admiración bajo los árboles frutales, los comerciantes ricos conferenciaban a la sombra y se organizaba prontamente una fiesta con cantos y música. El jefe le otorgaba su favor y los pobres su afecto. Amaba la guerra, la caza del ciervo y la gracia de las mujeres. Era dueño de joyas, de armas magníficas y de la devoción de los hombres. Era hombre orgulloso, y mi único amigo.

"Era yo el jefe de un campamento a la entrada del río, y mi deber cobrar contribución de los barcos que pasaban por allí. Un día apareció un comerciante holandés navegando río arriba. Subió con tres botes sin que le fuese reclamado tributo alguno, porque sobre el mar abierto se levantaba el humo de los barcos de guerra holandeses, y era muy poca nuestra fuerza para que fuésemos a olvidar tratados.

"Subió por el río amparado en la promesa de seguridad que había sido otorgada a los suyos, y mi hermano le ofreció su protección. Según dijo, había venido a comerciar. Atendió a nuestras voces, porque nosotros somos

gente que habla abiertamente, y sin temor; contó el número de nuestras lanzas, examinó los árboles, las aguas *del* río, el césped de la ribera, la falda de nuestras montañas. Subió hasta las posesiones de Matara y obtuvo licencia para construir una casa. El hombre comerciaba y sembraba. Despreciaba nuestros juegos, nuestros pensamientos y nuestros dolores. Era rojo de rostro, de cabellos llameantes, y de pálidos ojos, como de niebla de río; se movía pesadamente y hablaba con voz profunda: reíase como un imbécil y no tenía delicadeza alguna al hablar. Alto y gruñón, se asomaba a los ojos de las mujeres y apoyaba la mano en el hombro de los libres, como si hubiera nacido noble cacique. Nosotros soportábamos su presencia. Pasó el tiempo.

"La hermana de Pata Matara huyó del campamento y se fue a vivir con el holandés. Aquella gran dama era muy voluntariosa. Cierta vez la vi llevada en hombros de esclavos entre el pueblo, con el rostro descubierto, y de todos los labios escuché que su hermosura era extrema, tañía que acallaba la razón y enloquecía el alma de los que la contemplaban.

La consternación fue enorme y el rostro de Pata Matara enrojeció ante el deshonor, porque su hermana no ignoraba que había sido prometida a otro en matrimonio. Matara presentóse en casa del holandés y le dijo: 'Entrégnosla para que muera, que es hija de caciques'.

El blanco se rehusó a obedecer, y se encerró en su casa, mientras sus criados vigilaban noche y día con los rifles dispuestos. Matara estaba furioso. Mi hermano citó a consejo. Pero las naves holandesas se hallaban próximas y vigilaban codiciosamente nuestras costas. Mi hermano anunció: 'Si damos muerte al blanco, nuestra patria pagará el precio de su sangre. Dejémoslo tranquilo hasta que se multiplique nuestra fuerza y las naves desaparezcan'. Matara era listo. Aguardó, siempre vigilante. Pero el blanco temía por su vida, y huyó.

"Abandonó su casa, sus plantaciones y sus propiedades. Partió, armado y amenazador, despreciándolo todo por ella. ¡La mujer había conquistado su corazón! Desde mi casa le vi hacerse a la mar en una barcaza. Matara y yo lo observábamos desde la plataforma, tras las estacas puntiagudas que rodeaban la casa. Iba sentado, cruzado de piernas, si rifle en las manos, sobre el techo de popa de su prao. El cañón de su arma brillaba oblicuamente sobre el tono rojizo de su rostro. Frente a él

se extendía el ancho río: llano, suave, brillante como una sábana de plata; y su prao, pequeño y negro visto desde la costa, deslizábase por la plateada llanura hacia el azul del mar. "Por tres veces; Matara, de pie a mi lado, gritó el nombre de su hermana con dolor e imprecaciones. Conmovió mi corazón, que se estremeció tres veces, y tres veces, con los ojos del espíritu, distinguí en la niebla, en el espacio cerrado del prao la figura de una mujer de abundante cabellera que se alejaba de su país y de su pueblo. Yo estaba furioso... y triste. ¿Por qué? Luego también yo lancé imprecaciones y amenazas. Matara dijo: 'Ahora que han abandonado nuestras tierras, su vida es mía. Los seguiré y castigaré. Y yo solo pagaré el precio de la sangre'. Un gran viento corría hacia el sol poniente, sobre el río solitario. ¡Iré contigo!, clamé. Incliné la cabeza en signo de asentimiento. Este era su destino. El sol se había puesto, y sobre nuestras cabezas los árboles columpiaban sus copas con enorme rumor.

"Tres noches después abandonamos los dos nuestras costas a bordo de un prao mercante. "El mar nos salió al encuentro; el mar amplio, sin rutas y sin voz. Un prao no deja huella alguna en su camino. Nos dirigimos hacia el sur. La luna era llena, y, levantando a ella la mirada, nos dijimos uno al otro: 'Cuando brille la próxima luna regresaremos, y ellos habrán muerto'. Esto fue hace quince años. Muchas lunas se han levantado, llenas y menguantes, y jamás, desde entonces, he vuelto a ver mi tierra. Dirigimos la proa al sur; dejamos atrás muchos praos; registrábamos golfos y bahías; alcanzamos el extremo de nuestras costas, de nuestra isla, un escarpado cabo en un estrecho tormentoso, donde toda la sombra de los praos náufragos y voces de ahogados claman en la noche. El ancho mar se abría ahora ante nosotros. Vimos una gran montaña ardiendo en mitad del agua; vimos miles de islotes regados aquí y allá como trozos de metralla que hubiera arrojado algún cañón inmenso; vimos también una amplia costa de valles y montañas, que se alargaba, bajo el sol, de occidente a oriente. Era Java. Dijimos: 'Allí están: su hora está próxima, y tornaremos, o moriremos, limpios de todo deshonor'.

" Desembarcamos. ¿Hay algo bueno en esa tierra? Los caminos corren rectos, duros y polvorientos. Casas de piedra, atestadas de rostros blancos, se ven rodeadas de fértiles campos; pero todos los que allí viven son esclavos. Sus gobernantes viven bajo la amenaza

de una espada extranjera. Escalamos montañas; atravesamos valles; al ponerse el sol llegábamos a algún pueblo. Interrogábamos a todos: '¿Habéis visto al hombre blanco?'. Algunos nos miraban asombrados, otros reían; las mujeres nos ofrecían de comer, con temor y respeto, como si la visita de Dios hubiese conturbado nuestra mente; pero había quien no comprendía nuestra lengua, y no faltaba quien nos lanzaba maldiciones o, bostezando, inquiría despreciativo, la razón de nuestras pesquisas. También alguien nos gritó, cuando abandonamos el lugar: '¡Desistid!'. "Proseguimos. Ocultando nuestras armas, cedíamos humildemente el paso a los jinetes que hallábamos en nuestro camino y nos inclinábamos profundamente en los patios de caciques que no eran más que esclavos. Nos extraviábamos en los campos y en las selvas, y una noche, en espesa floresta, arribamos a un sitio en el que viejas paredes ruinosas habían caído al suelo entre los árboles, y donde extraños ídolos de piedra – labradas imágenes de diablos, con gran número de piernas y brazos, con culebras enredadas a los cuerpos, veinte cabezas– y sosteniendo cien cuchillas– parecían vivir y amenazar al resplandor de nuestra hoguera. Nada nos desanimaba. En el camino, junto a cualquier fuego, en aquellos sitios donde nos recogíamos, hablábamos siempre de los fugitivos. Su hora estaba próxima. No hablábamos de otra cosa, ¡no! Ni de hambre, ni sed, ni cansancio, ni de ánimos quebrantados, ¡no! ¿Que hablábamos de ellos? ¡De ella! Pensábamos en ellos... ¡en ella! Cerca del fuego, Matara hundía la cabeza entre las manos. Yo, sentado cerca de él, cavilaba, cavilaba, hasta que me era dado volver a contemplar la imagen de una mujer hermosa y joven, orgullosa y tierna, que huía de su país y de sus gentes. Matara dijo: 'Cuando los encontremos, ella será la que muera primero, para limpiar el deshonor; luego mataremos al blanco'. Y yo: 'Así será: tuya es la venganza'. El me miraba fija y largamente con sus grandes ojos hundidos. "Regresamos a la costa. Nuestros pies sangraban y habíamos enflaquecido mucho. Envueltos en harapos, dormíamos a la sombra de construcciones de piedra; robábamos, apacentábamos puercos y buscábamos refugio a las puertas de los blancos. Sus perros nos ladraban y sus criados nos gritaban de lejos: '¡Fuera! ¡Miserables, mal nacidos!'. Al rondar por las calles, nos preguntaban quiénes éramos. Y nosotros mentíamos, adulábamos, sonreíamos, animado de odio el corazón,

y proseguíamos buscando aquí y allá;
buscándolos a ellos: al hombre blanco de
cabellos rojos y a la mujer que había traicionado
su fe y que, por tanto, debía morir.
Buscábamos. Por último llegué a creer que la
veía en todo rostro de mujer.. Corríamos ligeros.
¡No! En ocasiones Matara susurraba:
'¡Allí está el hombre!', y aguardábamos, encogidos
y expectantes. EL hombre se aproximaba.
No era él: ¡se parecen tanto todos los
holandeses! Sufríamos la angustia de la decepción.
En mis sueños veía siempre el rostro
de la que había traicionado su fe, y me regocijaba
y lamentaba al mismo tiempo... ¿Por
qué?... Parecíame escuchar un murmullo a mi
lado. Me volvía rápidamente. ¡No, no estaba
allí! Y mientras nos arrastrábamos de ciudad
en ciudad, creía oír unos pasos ligeros a mi
espalda. Llegó una hora en que escuché
siempre esos pasos, y me consideré dichoso.
Pensaba mientras caminábamos, fatigados y
atontados bajo el sol, por los duros caminos
trazados por los blancos; pensaba: 'allí está
ella, ¡con nosotros!'... Matara se mostraba
sombrio: sentíamos hambre con frecuencia.
" Vendimos las vainas labradas de nuestros
crises, vainas de marfil con incrustacio-
nes de oro. Vendimos también las doradas
empuñaduras. Pero las hojas las reservamos...
para ellos. Las hojas que apenas
tocan matan las reservamos para ella... ¿Por
qué? Nos acompañaba siempre... Sufrimos
hambre; mendigamos. Por último abandonamos
Java.
"Fuimos si occidente; luego al oriente. Vimos
muchas tierras, multitud de rostros extraños,
hombres que habitan en los árboles y
otros que se alimentan de la carne de los
suyos. Por un puñado de arroz, cortamos juncos
en los bosques, y por ganarnos la comida
fregamos la cubierta de grandes naves y oímos
muchas maldiciones. Trabajamos en pequeñas
aldeas, vagabundeamos por los mares
con los *bcjow*, gentes sin patria. Por cobrar
un salario empeñamos frecuentes combates;
nos pusimos a trabajar con los gorameses
y nos emanaron, y, a las órdenes de
brutales rostros blancos, buceamos, pescando
perlas en bahías infecundas, manchadas
de negros arrecifes, sobre una costa de arena
y desolación. En todas partes vigilábamos,
escuchábamos, inquiríamos. Interrogamos a
viajeros, ladrones, blancos. Escuchamos
bromas, sátiras, amenazas, palabras de
asombro y palabras de des» precio. No conocimos
nunca el descanso; jamás pensamos
en la patria, porque nuestra obra estaba por

cumplirse. Transcurrió un año y otro. Dejó de llevar la cuenta de las noches, las lunas y los años. Yo vigilaba a Matara. Guardaba para él mi último puñado de arroz; si el agua bastaba apenas para uno, él se la bebía; cuando temblaba de frío, lo tapaba yo, y cuando le atacó la fiebre, pasé muchas noches velándolo y abanicándolo. Era poble y mi amigo. Durante el día hablaba de ella con ira, y con tristeza por la noche; la recordaba enfermo y cuando la salud era su compañera. Yo seguía sin decir palabra alguna, pero la veía todos los días... ¡siempre! Al principio veía sólo su rostro, que se me aparecía como el de una mujer que caminase envuelta en la niebla de una ribera. Luego, una noche, vino a sentarse cerca de nuestra hoguera. ¡La vi! ¡La miré! Sus ojos eran dulces y su rostro arrebatador. En la noche murmuré algunas palabras a ella dirigidas. Matara, soñoliento, me preguntó alguna vez: '¿Con quién hablas? ¿Quién está allí?'. Presuroso respondía yo: 'Nadie'... ¡Era mentira! Ella no me abandonaba nunca. Compartía el calor de nuestra hoguera, tomaba asiento en nuestro lecho de hojas y, para seguirme, cruzó a nado los mares... ¡Yo la vi!... Os digo que vi sus largos cabellos negros extendiéndose tras ella sobre las aguas iluminadas por la luna, mientras nadaba, los brazos desnudos, al costado de un prao ligero. Era hermosa, fiel, y en el silencio de extraños países me habló muy bajo en la lengua de nuestro pueblo. Nadie la veía, nadie la escuchaba: ¡era sólo mía! Durante el día iba ante mí, con pasos rítmicos, sobre los fatigados caminos; su cuerpo era firme y flexible como tronco de árbol joven; los talones de sus pies eran redondos y blancos como cascarón de huevo. Me hacía señas con su brazo redondo. Por la noche se asomaba a mi rostro. ¡Y me miraba triste! En los ojos tiernos tenía una expresión de terror, y su voz era suave y suplicante. En una ocasión le susurré: '¡No morirás!', y ella sonrió... ¡Desde entonces me sonrió siempre! Ella me armaba de valor para sufrir fatigas y penalidades. Aquellos días eran de dolor, y ella venía a calmar mis sufrimientos. Pacientes, Matara y yo vagabundeábamos prosiguiendo nuestra búsqueda. Conocimos desengaños, falsas esperanzas, cautiverios, enfermedades, sed, miserias, desesperación... ¡Basta! ¡Los encontramos al fin!..."

Karain gritó las últimas palabras y calló. Su rostro permanecía impassible y continuaba inmóvil como si hablase en trance. Hollis, incorporándose con violencia, abrió los brazos

sobre la mesa. Jackson hizo un movimiento brusco y golpeó sin querer la guitarra. Una melancólica resonancia llenó el camarote de confusas vibraciones y murió lentamente. Karain principió a hablar de nuevo. La fiereza contenida de su voz parecía levantarse como una voz de fuera, como algo oído sin que fuera pronunciado; llenó el camarote y envolvió en su intenso y mortecino rumor aquella figura inmóvil.

"Nos dirigíamos a Atjeh, donde había guerra, pero nuestro velero encalló en un banco de arena y nos vimos obligados a desembarcar en Delli. Habíamos logrado ganar algún dinero y compramos un rifle a unos comerciantes de Selangor; un solo rifle, que se disparaba al chispazo de una piedra. Matara lo llevaba. Vivían allí muchos blancos, sembrando tabaco en aquellas planicies conquistadas, y Matara... Mas no importa. ¡Lo vio!... ¡El holandés!... ¡Por fin! Agazapándonos, vigilamos. Dos noches y un día acechamos al blanco. Tenía una gran casa en el claro de sus campos; a su alrededor crecían flores y helechos; senderos amarillos serpeaban por entre el césped y gruesos vallados de zarzas impedían el paso. A la tercera noche llegamos armados, ocultándonos tras unos setos.

"Un espeso rocío parecía calarnos hasta los huesos, helándonos hasta las mismas entrañas. El césped, las hojas y las ramas eran grises a la luz de la luna. Matara, encogido sobre la hierba, estremecíase en su sueño. Mis dientes castañeteaban tan fuerte que temía que su ruido despertase al mundo entero. A lo lejos, los vigilantes de los blancos sacudían carracas y gritaban en la oscuridad. Y, como todas las noches, la vi a mi lado. ¡Ya no sonreía!... El fuego de la angustia ardía en mi pecho y ella me hablaba con piedad y compasión, suavemente, como lo hacen las mujeres. Calmó con sus palabras la inquietud de mi espíritu; inclinó sobre mí el rostro; ¡su rostro de mujer que arrebatava el corazón y acallaba la razón de los hombres! Era toda mía, nadie podía verla; ¡ningún ser viviente! Las estrellas brillaban a través de su pecho y de sus flotantes cabellos. Me sentí dominado por el remordimiento, la ternura y el dolor. Matara dormía... ¿Había dormido yo también? Matara me sacudía por los hombros, y el calor del sol secaba el césped, los helechos, las hojas. Era de día. Jirones de blanca neblina pendían entre las ramas de los árboles.

" ¿Era noche o día? No volví a ver nada hasta que oí a Matara respirar anhelosamente en el sitio donde se hallaba tendido. Entonces

la vi a la puerta de la casa, la vi. Los vi.
Habían salido. Estaba sentada en un banco al
pie del muro, y la espesa enredadera, llena
de flores, levantábase sobre su cabeza, cubriendo
sus cabellos. Tenía una caja en el
regazo y se asomaba a ella calculando la mul-
tiplicación de sus perlas. A su lado, de pie, el
holandés la miraba; le sonreía, brillantes sus
blancos dientes; el bigote que cubría sus labios
semejaba dos llamas retorcidas. Era alto
y grueso, alegre y animoso. Matara tomó un
poco de cebo fresco del hueco de su mano,
rascó el pedernal con la uña del pulgar y me
pasó el rifle. ¡A mí! Lo cogí... ¡Oh fatalidad!
"Tendido boca abajo, me susurró al oído:
'Me arrastraré hasta ellos y la mataré por mi
mano. Tú apunta al puerco gordo. Déjale que
me vea borrar mi deshonor, y entonces...
Eres mi amigo: mátales de un tiro certero'. No
respondí; no había aire en mi pecho, no había
aire en el mundo entero. Matara se alejó rápidamente.
El césped se estremeció. Luego
crujió una zarza. La mujer levantó la cabeza.
"¡La vi! ¡Vi a la consoladora de mis noches
de insomnio, de mis días fatigosos, la compañera
de mis años inquietos! ¡La vi! Clavó los
oíos fijamente donde yo me hallaba. Allí estaba,
tal como la viera yo durante muchos
años, fiel compañera de mis peregrinaciones.
Me miró con ojos melancólicos y labios sonrientes...
¡Labios sonrientes! ¿No le había yo
prometido, acaso, que no moriría?
"Estaba lejos, mas yo la sentía cerca. Su
contacto me acariciaba, y su voz murmuró,
susurró sobre mí, a mi alrededor: '¿Quién te
acompañará, quién te consolará, si muero
yo?' Advertí cómo se estremecía una zarza
florida, a su izquierda... Matara estaba listo...
Grité: '¡Vuelve!'.
"Ella se levantó, dejando caer la caja; rodaron
las perlas a sus pies. El enorme holandés,
a su lado, lanzó una mirada amenazadora
a través del inmóvil rayo de sol. Levanté el
rifle. Me encontraba de rodillas, firme: más
firme que los árboles, las rocas, las montañas.
Pero, ante el firme y largo cañón, los
campos, la casa, el cielo y la tierra mecíanse
como sombras en un bosque en día tempestuoso.
Matara irrumpió fuera de la zarza ante
él; los pétalos de las flores arrancadas volaron
en alto como arrastrados por la tormenta.
La oí gritar; la vi saltar con los brazos abiertos
ante el blanco. Era una mujer de mi tierra
y de noble sangre. ¡Así son! Me llegó su grito
de angustia y de terror... ¡y todo se inmovilizó!
Los campos, la casa, el cielo, la tierra, se
inmovilizaron mientras Matara se abalanzó

sobre ella, el brazo en alto. Oprimí el gatillo; vi un relámpago; nada oí; el humo retrocedió y me envolvió el rostro; vi luego rodar a Matara y quedar tendido con los brazos abiertos, a los pies de su hermana. ¡Ay! ¡Vaya tiro certero! El sol caía sobre mi espalda más frío que el agua del arroyo. ¡Un tiro certero, sí! Arrojé el rifle una vez disparado. Los otros dos permanecían junto al muerto como si un encantamiento los inmovilizara, le grité: '¡Vive, y recuerda!'. Y luego, no sé por cuánto tiempo, fui tropezando en una helada oscuridad. "A mi espalda hubo grandes gritos, y luego de apresurada carrera de innúmeros pies, hombres extraños me rodearon, gritándome a la cara palabras sin sentido; me empujaron, me arrastraron, me levantaron. Me llevaron ante el enorme holandés, que me miraba con aire de haber perdido la razón. Interrogaba, hablando apresuradamente, expresando gratitud, ofreciéndome techo y comida, oro..., dirigiéndome preguntas sin fin. Me reí en su cara. Repliqué: 'Soy un viajero korinchi de Perak, y no sé nada de ese muerto. Pasaba yo por el camino cuando escuché un tiro, y tus estúpidos sirvientes salieron corriendo y me arrastraron hasta aquí'. Levantó los brazos, extrañado, incrédulo, incapaz de comprender, lanzando gritos en su propia lengua. Ella se abrazaba a su cuello, y me miraba de arriba abajo con ojos muy abiertos. Sonreí y la miré; sonreí esperando escuchar el sonido de su voz. El blanco le preguntó inesperadamente: '¿Lo conoces?'. Escuché. ¡La vida entera puesta en los oídos! Ella me miró largamente, con ojos firmes, y respondió en voz alta: '¡No! ¡No lo he visto jamás!'. ¡Qué! ¿Jamás? ¿Tan pronto había olvidado? ¿Era posible? ¡Se había olvidado ya... después de tantos años de peregrinar juntos, de camaradería, de inquietud, de palabras dulces! ¡Se había olvidado ya!... Me desprendí de las manos que me sujetaban y me alejé, sin decir una palabra... Me dejaron ir. "Estaba cansado. ¿Dormí? Lo ignoro. Recuerdo haber caminado por un ancho sendero bajo la clara luz de las estrellas. Y aquella tierra extraña me parecía tan grande, los arrozales tan vastos, que al mirar en derredor mío sentí que perdía la cabeza en el terror del espacio. Distinguí luego un bosque. La alegre luz de las estrellas pesaba sobre mí. Me aparté del sendero y penetré en el bosque, sombrío y triste."

5

Karain había ido bajando el tono como si se alejara de nosotros, hasta que las últimas

palabras resonaron, aunque claras, apagadas, cual lanzadas a distancia en un día apacible. No hacía movimiento alguno. Tenía la mirada fija, más allá de la inmóvil cabeza de Hollis, que estaba ante Karain tan quieto como él. Jackson, apoyado el codo sobre la mesa, se hacía una pantalla sobre la frente con la palma de la mano. Yo lo miraba sorprendido y conmovido; miraba a aquel hombre leal a una visión, traicionado por su ensueño, despreciado por su esperanza y que llegaba a nosotros, descreídos, en busca de socorro; en busca de socorra contra una obsesión. El silencio profundo parecía llenarse de callados espectros, de cosas tristes, sombrías y mudas, en cuya presencia invisible, el firme, vibrante palpitar de los dos cronómetros de la goleta, contando persistentes los segundos según el meridiano de Greenwich, parecía dardos alivio y protección. Karain continuaba con la mirada fija, y al contemplar su rígida figura pensé en sus correrías, en aquella su oscura odisea de venganza, en todos los hombres que vagan entre quimeras, en las quimeras mismas, tan inquietas como los hombres; en las quimeras fieles, infieles; en las quimeras que dan alegría, que causan tristeza, que ocasionan dolor, que traen paz; en las quimeras invisibles que pueden hacernos contemplar la vida y la muerte como cosas serenas, inspiradoras, dolorosas o innobles. Escuchóse un rumor. Aquella voz del exterior pareció surgir de un mundo ilusorio para penetrar en la luz de nuestro camarote. Karain hablaba:

"Viví en el bosque.

"Ella no volvió nunca. ¡Nunca! ¡Nunca más! Viví solo. Ella había olvidado. No importaba. Yo no la quería ya; no quería ya a nadie. En un claro descubrí una casa abandonada. Ni un alma se acercaba a e la. En ocasiones oía a la distancia las voces de algunos que atravesaban el sendero. Dormía, descansaba. Había allí arroz silvestre, agua, el agua de un arroyuelo... ¡y paz! Todas las noches tomaba asiento, solo, al lado del pequeño fuego que encendía frente a mi cabaña. Muchas noches transcurrieron sobre mi cabeza.

"Luego, cierta noche, estando al lado de la hoguera, después de la cena, incliné la cabeza y me di a recordar mis peregrinaciones. Levanté la mirada. No, no había oído ruido alguno, ni un rumor, ni pasos; pero levanté la vista. Cruzando el claro del bosque un hombre se dirigía a mí. Esperé. Se aproximó sin pronunciar palabra alguna de saludo y se

acurrucó cerca del fuego. Volvió a mí el rostro. Era Matara. Me miró altanero con sus grandes ojos hundidos. La noche era muy fría y el calor del fuego murió repentinamente mientras él me miraba. Me levanté y me alejé de allí, dejándolo al lado de aquella hoguera helada.

"Caminé toda la noche, todo el día siguiente, y cuando llegó el crepúsculo, encendí un gran fuego y me senté junto a él para aguardarlo. Pero Matara no se dejó ver a la luz de la hoguera. Lo vi pasar entre los matorrales, de aquí para allá, murmurando, murmurando. Por fin comprendí. Ya antes había oído aquellas palabras: 'Eres mi amigo: mátales de un tiro certero'.

"Aguanté aquello cuanto pude. Pero terminé por huir, como esta noche huí de mi refugio para venir, nadando, hasta vosotros. Corrí, corrí, llorando como un niño a quien hubieran dejado solo, lejos de toda compañía. Matara corría a mi lado, conmigo, con pasos sin rumor, murmurando, murmurando invisible y oído. Busqué la compañía de los hombres... Quise tener siempre quien me rodease: seres vivos. Y nuevamente vagamos juntos por el mundo Matara y yo. Fui en busca del peligro, de la violencia y de la muerte. Combatí durante la guerra de Atjeh, y aquel pueblo valiente se asombró de la audacia de un extranjero. Pero nosotros éramos dos... y él desviaba los golpes que iban dirigidos contra mí. ¿Por qué? Yo buscaba la paz, no la vida. Mas nadie lo veía, nadie lo sabía; yo no me atrevía a decírselo a nadie. Me dejaba en ocasiones, pero no por mucho tiempo. Regresaba luego, para mirarme fijamente y deslizar en mi oído sus palabras. Un miedo extraño desgarraba mi corazón, pero la muerte no venía en mi ayuda. Conocí entonces a un viejo. "Todos vosotros lo conocisteis. Las gentes de aquí lo llamaban mi encantador, mi esclavo y mi escudero; para mí fue padre, madre, protección, refugio, paz. Cuando lo conocí, regresaba él de una peregrinación y le escuché decir la oración del crepúsculo. Había ido a los santos lugares en compañía de su hijo, la esposa de su hijo, y un niño, y a su regreso, con el favor del Altísimo, todos ellos murieron: el hijo fuerte, la madre joven, el chiquillo... Y el viejo llegó solo a la patria. Era un peregrino sereno, piadoso, muy sabio. Estaba muy solo. Se lo conté todo. Vivimos juntos durante algún tiempo. Sobre mi cabeza dejaba caer palabras de piedad, de sabiduría y de oración. Alejaba de mí la sombra del muerto. Le supliqué que me diera un hechizo que me

asegurase para siempre la tranquilidad y la paz. Por largo tiempo rehusóse a acceder a mis súplicas, pero concluyó por ofrecermelo uno, con una sonrisa y un suspiro. A buen seguro poseía cierto poder sobre algún espíritu más fuerte que la inquietud de mi amigo desaparecido, porque desde entonces la paz fue nuevamente conmigo. Pero me había convertido en un hombre desasosegado, apasionado del tumulto y el peligro. El viejo no me abandonaba nunca. Viajábamos juntos. La sabiduría de mi anciano compañero y la audacia de Karain se recuerdan aun allí donde vuestra fuerza, ¡oh blancos!, se ha olvidado ya. Servimos al sultán de Sula. Combatimos a los españoles. Hubo triunfos, esperanzas, derrotas, tristeza, sangre, lágrimas de mujer... ¿Qué más?... Huimos. Reunimos un grupo de vagabundos de una raza puertera y volvimos aquí para combatir de nuevo. Ya sabéis lo demás. Soy el gobernante de un país conquistado, un amante de la guerra y el peligro, un luchador, un intrigante. Pero el viejo sabio ha desaparecido y soy otra vez esclavo del muerto. ¡Ya no se halla conmigo aquél que tenía poder para alejar de mí la sombra acusadora y acallar la inanimada voz! El secreto de su hechizo ha muerto con él. Nuevamente conozco el miedo y llega a mis oídos el viejo murmullo: '¡Mata, mata, mata!'... ¿No he matado ya bastante?... Por primera vez en aquella noche una repentina convulsión de cólera y locura cruzó por su rostro. Sus miradas iban de un lado a otro como aves asustadas en la tormenta. Dio un salto, gritando:
—¡Por los espíritus bebedores de sangre!
¡Por los espíritus que claman en la noche!
¡Por todos los espíritus de la furia, del infortunio y de la muerte, juro que algún día habré de herir en todo corazón que cruce mi camino!...
Yo...
Su aspecto era tan peligroso que los tres saltamos, y Hollis, con el reverso de la mano, echó a rodar el cris por el suelo. Creo que gritamos al unísono. El susto fue breve, y, pasado un minuto, estaba nuevamente Karain, muy compuesto, en su silla, mientras tres blancos rodeaban en actitudes por demás estúpidas. Nos sentimos un tanto avergonzados de nosotros mismos. Jackson levantó el cris y, después de dirigirme una mirada inquisitiva, lo entregó a Karain. Este lo tomó con una majestuosa inclinación de cabeza y lo cubrió bajo un pliegue de su túnica, con el minucioso cuidado de dar al arma una

posición pacífica. Luego levantó a nosotros la mirada con una austera sonrisa. Estábamos corridos, avergonzados. Hollis, sentado de media anqueta junto a la mesa, apoyado el mentón en la mano, lo observaba, pensativo, en silencio. Dije:

–Tu lugar está con los tuyos. Te necesitan. Te queda aún el olvido. Llega un tiempo en que hasta los muertos cesan de hablar.

–¿Soy acaso una mujer para olvidar tan largos años fácilmente? –exclamó Karain con amargo resentimiento.

Me sorprendió. Era asombroso: para él, su vida –aquel cruel espejismo de amor y paz– era tan real, tan innegable, como para nosotros pudiera serlo la de un santo, un filósofo o un imbécil. Hollis murmuró:

–No quieras tranquilizarlo con tus perogrulladas.

Karain me habló:

–Tú nos conoces. Has vivido con nosotros.

¿Por qué?... No lo sabemos, pero tú comprendes nuestros dolores y nuestros pensamientos.

Has vivido con mi pueblo y sólo tú eres capaz de comprender nuestros deseos y nuestros temores. Contigo iré: a tu país, a tus gentes. A tus gentes, que viven en la incredulidad, para quienes el día es día y la noche noche, ¡y no otra cosa, porque vosotros comprendéis todo lo visible y despreciáis todo lo demás! ¡Iré contigo a tu tierra de incredulidad, donde los muertos callan, donde todos los hombres son sabios y viven solos en paz!

–¡Admirable descripción! –murmuró Hollis, con la sombra de una sonrisa.

Karain inclinó la cabeza:

–Puedo trabajar, luchar... y ser fiel –susurró en un tono cansado–, pero me es imposible volver con aquel que me aguarda sobre la playa. ¡No! Llévame contigo... o bien dame algo de tu fuerza, de tu incredulidad... ¡Algún ¡hechizo!...

–Si, llévatelo a Inglaterra –aconsejó Hollis, como discutiendo consigo mismo–. No es mala idea. Allí los fantasmas son gente sociable, conversan afablemente con damas y caballeros; pero de seguro le pondrían mala cara a un hombre desnudo... como nuestro principesco amigo... ¡Desnudo! ¡Desollado! ¡Vaya!

Lo siente por él. Pero es imposible, claro. El fin de todo esto –prosiguió, levantando a nosotros la mirada–, el fin de todo esto será que algún día al hombre le dará por atacar furiosamente a sus fieles súbditos y enviar *ad paires* a tantos de ellos, que éstos se decidirán a incurrir en la deslealtad de partirle la cabeza. Asentí. Tenía por algo más que probable

que tal sería el fin de Karain. Era evidente que su obsesión había venido persiguiéndolo hasta el límite de toda humana resistencia y a poco más se precipitaría en esa forma de locura peculiar de su raza. La tregua de que disfrutara durante la existencia del viejo escudero hasta que la resurrección del tormento se le hiciese ahora intolerable. Karain levantó repentinamente la cabeza. Por un momento nos pareció que había estado dormitando.

—¡Otorgadme vuestra protección... o vuestra fuerza! —gritó—. ¡Un amuleto, un arma! Hundió nuevamente la cabeza sobre el pecho. Lo miramos y nos miramos luego unos a otros, con sospechoso temor en los ojos, como individuos que se encontrasen, inesperadamente, ante algún misterioso desastre.

Se había entregado a nosotros; en nuestras manos había confiado sus errores y su dolor, su vida y su paz; e ignorábamos qué hacer de aquel enigma que llegaba a nosotros de la oscuridad exterior. Los tres blancos, mirando a aquel malayo, nos sentíamos impotentes para encontrar una palabra adecuada al propósito que abrigábamos... si acaso existía alguna palabra que pudiera resolver nuestro problema. Cavilamos y concluimos por sentirnos descorazonados. Parecía que habíamos sido conjurados a comparecer a la puerta misma de las regiones infernales para juzgar y decidir la suerte de un peregrino surgido, repentinamente, de un mundo de sol y de quimeras.

—¡Dios de Dios! ¡Parece tener una idea segura de nuestra fuerza! —murmuró Hollis desesperado. Y siguió un nuevo silencio, el tenue chapoteo del agua, el persistente tictac de los cronómetros. Jackson, cruzados los brazos desnudos, reclinaba los hombros contra la mampara del camarote. Inclined la cabeza agobiada por la techumbre, su barba magnífica cayéndole sobre el pecho, su aspecto era colosal en medio de la inutilidad e impotencia. En el ambiente del camarote había algo de lúgubre; la atmósfera parecía cargarse lentamente del cruel escalofrío de la incapacidad, del enojo implacable del egoísmo en lucha con la forma incomprensible de algún dolor intruso. No sabíamos qué hacer. Principiamos a presentir, amargamente, la dura necesidad de sacarnos a Karain de encima. Hollis musitó, murmuró repentinamente, con una risa breve: "Fuerza... Protección... Amuleto". Se deslizó, abandonando la mesa, y salió del camarote sin mirarnos siquiera. Aquella deserción era hartamente indigna. Jackson

y yo cambiamos miradas indignadas. Le oímos escudriñar en el agujero que le servía de camarote. ¿Pensaba el muy simple irse a la cama? Karain suspiró. ¡Aquello era insufrible! Pero Hollis reapareció, con una cajita de cuero en la mano. La colocó suavemente sobre la mesa y nos miró, lanzando, según creímos, una breve boqueada, como si, por algún motivo, hubiera enmudecido repentinamente o dudase de mostrar su caja. Pero, en un instante la insolente e infalible sabiduría de su juventud lo armó del valor necesario. Abriendo la caja con una llave de pequeñas dimensiones, dijo:

–Poneos todo lo solemnes que podáis. Probablemente nuestro gesto fue sólo de sorpresa y estupidez, pues nos miró de arriba abajo y exclamó furioso:

–No se trata de bromas. Voy a ayudar a este infeliz. Poneos muy serios. ¡Maldita sea!... ¿No podéis mentir un poco por un amigo?

Karain parecía no poner atención alguna en nosotros, pero cuando Hollis levantó la tapa de la caja, sus ojos se precipitaron a ella... y con los suyos, los nuestros. El acolchado de satén púrpura del forro puso una violenta mancha de color en la atmósfera sombría; aquello merecía la pena desde luego; era alucinante.

6

Sonriente, Hollis miró al interior de la caja. No hacía mucho había realizado una rápida visita a Inglaterra, atravesando el canal. Estuvo ausente seis meses y se reunió con nosotros a tiempo apenas de hacer este último viaje. No le habíamos visto nunca aquella caja. Pasó las manos sobre ella y nos habló, irónico, con el rostro muy grave, como si pronunciase un formidable exorcismo contra las cosas que allí guardaba.

–Todos nosotros –dijo, con pausas que resultaban más ofensivas que sus palabras–; todos nosotros, no lo negaréis, nos hemos visto perseguidos por alguna mujer... Y... en lo que a amigos toca..., los hemos ido arrojando por el camino... ¡En fin!... Preguntaos a vosotros mismos... Hizo una pausa, Karain lo miró fijamente. Se oyó sobre cubierta un gran alboroto. Jackson, muy serio, le dijo: – No seas tan cochinemente cínico.

–¡Oh, tú no sabes de estas artimañas! – exclamó Hollis, melancólico–. Ya aprenderás... Por lo pronto, este malayo ha sido un buen amigo nuestro...

Varias veces repitió, reflexivamente: "Amigo... malayo... Amigo, malayo...", como

pesando ambas palabras, y prosiguió con mayor brusquedad:

–Un magnífico sujeto..., un *gentleman*, a su modo. No podemos, realmente, traicionar su confianza y su fe en nosotros. Estos malayos son muy impresionables..., todo nervios, ya lo sabéis... Así, pues... Se volvió bruscamente a mí.

–Tú lo conoces mejor que nosotros –dijo de un modo más directo–. ¿Crees que sea un fanático?... Quiero decir, ¿muy apegado a sus creencias?

Balbuocéé, profundamente asombrado, que "no lo creía". –Porque existe cierto parecido..., una imagen... –murmuró Hollis, enigmáticamente, volviéndose a la caja. Hundió en ella los dedos. Karain tenía los labios entreabiertos y los ojos brillantes. Nos asomamos al interior del cofrecillo.

Había allí un par de rollos de algodón, un paquete de agujas, un listoncillo de seda de color azul oscuro; una fotografía, a la que Hollis lanzó una mirada antes de colocarla, boca abajo, sobre la mesa: un retrato de mujer según pude ver. Había, además, entre un montón de pequeños objetos dispares, un ramo de flores marchitas, un estrecho guante blanco de muchos botones y un breve paquete de cartas atadas cuidadosamente. ¡Amuletos de hombres blancos! ¡Talismanes y hechizos! Amuletos que los llevan por el camino recto, otros que los hacen malos; revestidos del poder de hacer suspirar a un joven o sonreír a un viejo; potentes talismanes que procuran ensueños de gozo, pensamientos de dolor, que ablandan los corazones duros y templan un blando corazón hasta hacerlo fuerte como el acero. Dones del cielo.... bienes de la tierra... Hollis exploró en la caja.

Y me pareció, durante aquel instante de espera, que el camarote de la goleta se llenaba de un estremecimiento invisible y viviente, como de sutiles alientos. Todos los espectros arrojados del accidente incrédulo por aquellos hombres que pretenden ser sabios y vivir solos y en paz, todos los fantasmas sin patria de un mundo descreído surgieron repentinamente, rodeando la figura de Hollis, inclinado sobre la caja. Todas las sombras, encantadoras y desterradas, de amadas mujeres; todos los bellos y dulces fantasmas de los ideales, recordados, olvidados, acariciados, despreciados; todos los espectros, abandonados y vituperantes, de amigos admirados, que merecieran nuestra confianza, difamados, traicionados y muertos en el camino, parecieron todos levantarse de las inhospitalarias

regiones de la tierra para agolparse en el oscuro camarote, como si fuera un refugio, el único lugar, en todo un mundo de incrédulos, en el que alentase una vengadora fe...

Duró apenas un segundo; todo desapareció. Hollis nos miraba, mostrándonos un objeto pequeño que brillaba entre sus dedos. Parecía una moneda. –¡Aquí está! –exclamó. Lo levantó. Era una moneda de seis peniques. Áurea, con un agujero picado cerca del canto. Hollis volvió los ojos hacia Karain. –He aquí un amuleto para nuestro amigo – nos dijo–. La cosa, en sí, tiene un gran poder: es dinero, nada menos; y, además, su imaginación está abierta para recibir cualquier cosa. Es un aventurero que se ha mostrado siempre leal a nuestra reina. A menos que su puritanismo no vacile ante una semejanza... Nosotros callábamos. No sabíamos si escandalizarnos, reírnos o respirar. Hollis se adelantó hacia Karain, quien se puso de pie, como hipnotizado, y, levantando la moneda, le habló en malayo:

–Esta es la imagen de la Gran Reina, y el amuleto más poderoso que conoce el blanco –dijo solemnemente. En señal de respeto, Karain se llevó la mano al puño del cruce y fijó la vista en la cabeza coronada. –La Invencible, la Pía –murmuró.

–Es más fuerte que Suleimán el Sabio, que, como sabes, tenía poder para mandar sobre los genios –anunció Hollis, muy grave–. Tómalo, es tuyo.

Mostró la moneda en la palma de la mano, y, mirándola pensativamente, se dirigió a nosotros en inglés:

–Esa cabeza coronada tiene poder sobre un espíritu también: el espíritu de su pueblo; un espíritu diabólico, dominador, consciente, sin escrúpulos, indomeñable..., que hace mucho bien... de cuando en cuando..., mucho bien... por casualidad... e incapaz de tolerar ningún escandalito, de parte del mejor fantasma, por una pequeñez, como fue el tiro disparado por nuestro amigo. No pongáis ese aire de asustados, ¡qué diablos! Ayudadme a hacerle creer: todo se reduce a eso. –Su pueblo va a escandalizarse –murmuré. Hollis miró a Karain, que parecía encarnar la esencia misma de una agitación inmóvil. Permanecía rígido, con la cabeza echada hacia atrás; los ojos le giraban locamente, relampagueantes, y le temblaban las dilatadas ventanillas de la nariz.

–¡Maldita sea! –exclamó al fin Hollis–. Es un tipo excelente. Voy a darle algo que de

veras sentiré.

Sacó el listón de la caja, sonriendo desdeñosamente, y con unas tijeras cortó también un trozo de la palma del guante.

–Le haré una de esas cosas semejantes a las que usan los campesinos italianos..., ya sabéis.

Guardó la moneda en una bolsita hecha con la delicada piel, cosió ésta al listón y ató los extremos. Trabajaba con premura. Karain no apartaba la vista de sus dedos.

–Vamos –dijo Hollis, y se aproximó a Karain. Se miraron mutuamente a los ojos, muy cerca. La mirada de Karain parecía perdida, pero la de Hollis se oscurecía, dominadora e irresistible. Juntos, hacían un violento contraste: uno, inmóvil, color de bronce; el otro, deslumbradoramente blanco, los brazos en alto, en los que se marcaban los poderosos músculos bajo una piel brillante como el satén. Jackson se acercó con el aire de un hombre que se arrima a un amigo en un sitio peligroso. Con acento convincente, y señalando a Hollis, le dijo a Karain:

–Es joven, pero sabio. ¡Créele!

Karain inclinó la cabeza; Hollis deslizó sobre ella, con rapidez, el listón azul oscuro; y dio un paso atrás.

–¡Olvida, y que la paz sea contigo! –grité.

Karain pareció despertar de un sueño y exclamó:
"¡Ja!", sacudiéndose como si se desprendiera de un fardo. Lanzó a su alrededor una mirada de seguridad. Alguien, sobre cubierta, recorrió la lona del tragaluz y una luminosa Inundación se derramó en el camarote. Amanecía ya.

–Es hora de subir a cubierta –dijo Jackson.

Hollis se echó un abrigo encima y subimos; Karain iba delante.

El sol se había levantado tras de las montañas y sus sombras se extendían a lo lejos, sobre la bahía, y en la perlina luz. El aire era puro, inmaculado y fresco. Señalé la línea curva de amarillas arenas.

–Ya no está allí –dije enfáticamente, dirigiéndome a Karain–. No te espera más. Se ha marchado para siempre.

Un dardo de ardientes rayos luminosos se hundió en la bahía entre los picos de dos colinas, y a su alrededor, como por arte de encantamiento, las aguas se rompieron en un chispazo deslumbrante.

–¡No, no aguarda más allí! –exclamó Karain, después de una larga mirada hacia la playa–. No lo oigo –prosiguió lentamente–. ¡No!

Se volvió hacia nosotros.

–Se ha ido... ¡para siempre! –gritó. Asentimos con energía, repetidas veces y sin vacilación. Lo importante era impresionarlo vivamente, sugerirle la absoluta seguridad de la desaparición de todo peligro. Hicimos todo lo que en nuestras manos estaba, y creo que supimos afirmar nuestra fe en el poder del amuleto de Hollis con la eficacia necesaria para que no inquietase a nuestro amigo la menor sombra de duda. En la placidez del ambiente nuestras voces surgían alegres alrededor de Karain, y sobre su cabeza, diáfano, puro, inmaculado, el cielo arqueaba su claro azul de costa a costa y sobre la bahía, como si quisiera envolver las aguas, la tierra y el hombre en la caricia de su luz.

Habíamos levado anclas; las velas colgaban inmóviles y una media docena de botes enormes asomaban, meciendo—: se, para venir a remolcarnos. Los remeros del primero que llegó a nuestra borda levantaron la cabeza y vieron a su gobernante, de pie, entre nosotros. Un blando murmullo de sorpresa se levantó, y luego, un clamor de salutación, Karain se separó de nosotros y en seguida pareció penetrar en el glorioso esplendor de su escenario, envolverse en la ilusión de un triunfo inevitable. Por un instante permaneció erguido, un pie en la plancha de la escalerilla y una mano sobre el puño del cris, en marcial actitud. Y, libre de su temor a la oscuridad exterior, irguió la cabeza y arrojó una mirada sobre su faja de tierra conquistada. Los botes lejanos recogieron el grito de saludo; un gran clamor rodó sobre las aguas, al que hicieron eco las montañas, arrojándole de nuevo las palabras invocadoras de una larga vida de triunfos.

Descendió a una canoa, y, luego que se apartó un poco, le lanzamos tres vivas, que resonaron débiles y ordenados después del tumulto salvaje de sus leales súbditos; pero nada mejor podíamos lograr. Iba de pie en su bote; abrió los brazos y señaló su infalible amuleto. Le aclamamos una vez más, y los malayos que ocupaban los botes nos miraron, muy intrigados y conmovidos. Quisiera saber qué pensarían, qué pensaría Karain entonces... Qué pensará el lector.

Nos remolcaron lentamente. Vimos desembarcar a Karain y lo observamos en la playa.

Una figura se acercó a él, humilde, pero franca, muy lejos de hacerlo como espectro que guardase un agravio. Pudimos ver aún que corrían otros hacia él. Quizás se había notado su ausencia. Sea como fuese, se registró

una verdadera conmoción. Rápidamente se formó a su lado un grupo, y él siguió por las arenas, ante su creciente cortejo, manteniéndose siempre frente a la goleta. Con ayuda de nuestros gemelos distinguíamos alrededor de su cuello el listón azul y una mancha blanca sobre el pecho bronceo. La bahía despertaba. El humo de los fuegos matinales ascendía en mansas espirales hasta las copas de las palmeras; entre las casas se agitaban numerosas figuras; una manada de búfalos galopaba despreocupadamente a través de la verde cuesta; finas siluetas de muchachos, blandiendo varas, aparecían negras y saltarinas en el alto césped; una colorida línea de mujeres, llevando cañas de agua a la cabeza, mecíase en un delgado sembradío de árboles frutales. En medio de sus hombres Karain se detuvo y nos saludó con la mano; luego, desprendiéndose del espléndido grupo, fue al filo de las aguas y agitó nuevamente su mano. La goleta desapareció en el mar, por entre los abruptos promontorios que encerraban la bahía, y al mismo tiempo Karain desaparecía de nuestras vidas para siempre. Pero queda un recuerdo. Algunos años más tarde tropecé con Jackson en la avenida Strand. Su aspecto era tan magnífico como siempre. Su cabeza se erguía sobre la multitud. Su barba era de oro, rojas sus facciones, y sus ojos azules; cubría su cabeza un sombrero gris de anchas alas, pero iba sin cuello y sin chaleco; su aspecto resultaba estimulante. Acababa de regresar a la patria, ¡había desembarcado aquel mismo día! Nuestro encuentro provocó un remanso en la corriente humana. Gentes presurosas chocaban contra nosotros, nos rodeaban, y se volvían para mirar a aquel gigante. Quisimos "resumir siete años de vida en siete exclamaciones. Luego, repentinamente calmados, seguimos juntos por la calle, comunicándonos mutuamente las noticias y los sucesos de los últimos tiempos. Jackson miraba a su alrededor, como quien busca sitios familiares, y se detuvo ante el escaparate de Bland. Había mostrado siempre una verdadera pasión por las armas de fuego. Se detuvo, pues, y contempló la colección de armas, perfectas y severas, dispuestas en una línea espléndida tras los cristales enmarcados de negro. Yo continuaba a su lado. De pronto preguntó: – ¿Te acuerdas de Karain? Asentí. –Al ver todo esto pensé en él –prosiguió, con el rostro–muy cerca del cristal... Y pude ver a otro hombre, formidable y barbado, que

lo miraba con insistencia entre los tubos bruñidos que pueden curar de tantas ilusiones—.

Sí, esto me hizo recordarlo —continuó lentamente—.

Esta mañana leí un periódico. Han vuelto a las andadas allá abajo. De seguro que Karain anda metido en eso. Será duro de pelar para los españoles. ¡En fin, la suerte proteja al infeliz! Era un tipo sencillamente estupendo. Reanudamos nuestra marcha.

—¿Qué resultado habrá dado el amuleto aquél?... No hebras olvidado el amuleto de Hollis. Y si lo dio... ¡jamás seis peniques habrán sido mejor empleados! ¡Infeliz! ¡Si se habrá librado al fin de aquel su amigo! Así lo espero... ¿Sabes? Pienso que... Me detuve y lo miré.

—Sí... Es decir, si la cosa fue así, ¿eh?... Si le hubiera ocurrido realmente... ¿Qué crees?

—¡Vamos! —exclamé—. Has estado demasiado tiempo lejos de Inglaterra. ¡Vaya una pregunta! Bástete con mirar esto.

Un húmedo rayo de sol llegaba del oeste y se perdía entre dos filas de muros; de pronto, la quebrada confusión de techos, de chimeneas, de dorados letreros, que se extendían al frente de las casas, y la luminosidad de las ventanas se hacía resignada y hosca bajo la niebla descendente. Todo el largo de la calle, honda como un pozo y estrecha como un corredor, se llenaba de una oscura e incesante conmoción. Aturdían los oídos una precipitada algarabía, el golpe de unos pasos presurosos y un rumor subterráneo; rumor vasto, manso, pulsante, como de alientos que jadean, de estremecidos corazones, de voces ahogadas. Incontables ojos miraban fijos al frente, miles de pies se apresuraban, surgían rostros grises, mecíanse brazos. Sobre todo eso una estrecha faja deshilachada de cielo humoso serpenteaba entre los altos techos, alargada e inmóvil, como un gallardete que ondease sobre el alboroto de una multitud.

—Sí—dijo Jackson, meditativamente. Las enormes ruedas de los carruajes giraban lentamente a lo largo de las banquetas; vencido por la fatiga, iba un joven pálido, apoyado en su bastón, con los faldones de su chaqué golpeándole suavemente cerca de los tacones; los caballos trotaban con cautela por el resbaladizo pavimento, sacudiendo la cabeza; pasaron dos muchachas hablando con viveza, los ojos brillantes; un viejo magnífico se pavoneaba por la avenida, la cara roja, retorciéndose el blanco bigote; y una fila de cartelones amarillos con letras azules se aproximaba a nosotros, meciéndose en lo alto, uno tras otro, como curiosos restos de algún naufragio

flotando sobre un río de sombreros.
–Sí–i–i –repitió Jackson. Sus claros ojos azules miraron a su alrededor, desdeñosos, regocijados y duros como los de un muchacho. Un largo cordón de ómnibus rojos, amarillos y verdes rodaba columpiándose, chillón y monstruoso; dos muchachos desharrapados atravesaron corriendo la avenida; un mundo de hombres sucios, con rojas bufandas alrededor de los cuellos desnudos, pasó balanceándose, discutiendo tercamente; un viejo macilento, con cara de desesperación, chillaba, en el lodo, el nombre de un periódico; mientras a lo lejos, entre las columpiantes cabezas de los caballos, el brillo vago de las guarniciones y el arrebujaamiento de las suntuosas vidrieras y cubiertas de los carruajes distinguíamos a un guardia, encasquetado y oscuro, alargando un brazo rígido en el cruce de las calles.
–Sí, ya lo veo –dijo Jackson lentamente–. Allí está; resopla, corre, rueda; es fuerte y vivo, y de no abrir bien los ojos, nos aplastaría sin esfuerzo; pero, ¡que me cuelguen si es tan real siquiera, para mí, como... aquello... vamos, el relato de Karain!
Me parece que, decididamente, el hombre había permanecido demasiado tiempo lejos de Inglaterra.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo